

Pero podemos y debemos exigir de nosotros, que somos cristianos, esta perfección. El Cristianismo ha dado al hombre la posibilidad de llegar al fin sobrenatural, cuyo acceso se había cerrado el mismo por su culpa. Lo ha puesto también en estado de realizar completamente su destino sobrenatural, de desenvolver plenamente el ser humano y de hallar desde aquí abajo la verdadera felicidad. Cristo nos ha hecho no sólo para ser cristianos, sino para ser verdaderos hombres. Los que echan en cara á su religión el habernos quitado la tierra, fijando nuestras esperanzas en el cielo, no saben lo que dicen. Conocen mal nuestra fe los que no comprenden que no sólo nos ha abierto el cielo, sino que «ha renovado también la faz de la tierra». (1)

El único deber que nos resta es dirigir nuestra conducta de modo que abramos á los corazones el camino de la verdad. Con esto echaríamos por tierra el último punto de la contradicción, si pusieran por obra todos los cristianos estas hermosas palabras de Stolberg:

La doctrina guardáis: inmaculada
Tenedla, que por ella generoso
Su sangre el mártir dió; dulce reposo
Al muerto da, del vivo es paz ansiada.
Suavísimo reflejo del aurora,
Esplendorosa luz del medio día,
Piedra angular, cristiano á ella confía
Tu edificio; en arena engañadora
Edifica el doctor de la mentira... (2)

(1) Salmo CIII, 31.

(2) Janssen, *Stolberg*, I, 138 y sig.

PARTE PRIMERA

LAS ENERGÍAS DEL HOMBRE COMPLETO

CONFERENCIA PRIMERA

LA IMAGEN DIVINA

1. **El camino de la incredulidad.—El hombre pierde la fe en sí, y en sí debe buscarla.**—«Busca la fe donde la perdiste», dice un proverbio tan antiguo como profundo. (1) Y es verdad. Pero el que ha tenido la desgracia de perder la fe, debe con diligencia buscarla en sí mismo. Sólo ahí se pierde. Nadie se ha extraviado, ni se extraviará jamás con la santidad de Dios, con la palabra de la Verdad eterna, ante los decretos de la Justicia incorruptible. Pero puede perderse á sí mismo el hombre, y entonces todo es para él venal, sin valor y digno de desprecio. «Quien para sí mismo es malo, ¿para qué otro será bueno?» (2)

Cuando se ha extraviado en sí el hombre, por todo encuentra facilidades para el error; y cuando ha renunciado á su propio bien, no cree ya en la bondad de nadie: es la medida según la cual juzga á los demás. ¿Se encuentra con quien puede condenarle con su conducta? Trabaja por hacerlo semejante á sí. En fin, para acallar el gusano roedor de su conciencia, no se detiene ante la negación de una verdad suprema, de una justicia remuneradora, y ante to-

(1) Körte, *Sprichwörter der Deutschen*. (2) 2674

(2) Eccl., XIV, 5.

do, ante lo que le es trabajoso en Dios, ante su santidad que debemos imitar. Si niega, no niega convencido. ¡Ah! ¡cuánto daría por tener seguridad de que Dios no existe! Pero niega por acallar la voz de su persuasión. Así, de Dios, autor de todo bien, parte el camino de la salud que conduce al hombre á Dios, fuente de la verdad, de la justicia y de santidad. Pero en el hombre comienzan la incredulidad y la perversidad, y acaban por arriesgarse hasta llegar á Dios. Pecado, después excusa del pecado de otro, ó sollicitación á cometer su mismo pecado; en fin, justificación y consumación del pecado atacando á Dios. En otros términos: caída personal producida por el error y la mentira, propagación de su perversidad entre los otros, rompimiento completo con Dios por orgullo y endurecimiento en el error á que falsamente se da el nombre de incredulidad; estos son los grados por que descende el que llega á la apostasía de Dios.

Mas la base primera de su rebelión está en la apostasía de sí mismo. Hay, pues, que buscar en sí mismo la fe y la virtud que se han perdido. Para el que ha caído de sí mismo, para el que se ha extraviado, no tiene el Espíritu Santo más consejo que éste: «Acordaos de esto, y afrentaos; entrad en vuestro corazón, prevaricadores.»⁽¹⁾

2. El hombre insoportable á sí y á sus semejantes.—Pero no deja de llamar la atención que á ninguna palabra tenga más miedo el hombre que á ésta; nada le inspira mayor temor que hallarse frente á frente de sí mismo y de cuanto puede serle semejante. Es ya indicio de la raíz del mal. Ciertamente que si hubiéramos de dar crédito á cuantas objeciones se ofrecen con respecto á esto, hallaríase esa raíz bien lejos del hombre, que con frecuencia se ve arrastrado á ver en Dios la causa de su desgracia, esto es, en las ideas llamadas exageradas ó falsas que nos dan de Dios la fe y la religión, ó en las obligaciones que tan pesadas nos parecen y que nos imponen en su nombre. Pero la conducta es un mentís eterno á las pala-

(1) Isaías, XLVI, 8.

bras. Hay algo que asusta al hombre más que Dios y de lo cual huye con más horror: es él mismo.

Nada le atormenta tanto como la violencia que se ha de hacer para entrar en sí mismo; y el mayor castigo que pudiera imponerse á la mayor parte de los hombres, sería, sin duda, separarlos del mundo, y tenerlos encerrados en sí mismos con riguroso aislamiento. Creerían ver millares de millares que atentan á sus vidas. Dejadlos en libertad, y en el fondo de su corazón aparecen más desgraciados todavía. Pero les queda el recurso de cargar con la culpa á otros. Pueden seguir acusando á los demás y llamarlos perversos, buscando las causas de las miserias de la existencia en las criaturas que les son semejantes.

Tales suspiros que jamás cesan, tales invectivas que no tienen fin, tales condenaciones que los hombres hacen pensar unos sobre otros, constituyen uno de los más enojosos rasgos, aun cuando son los más instructivos en la historia de la humanidad. Es una niñería, y una injusticia á la vez, el desprecio con que miran á las mujeres ciertos hombres, siendo así que les es imposible vivir sin ellas. ¡Qué! ¿no tiene motivos suficientes la mujer para estar quejosa del hombre? ¿no es fácil encontrar más mujeres que hombres que tratan de vivir solas consigo mismas? Pueril, frívolo y falaz es el desprecio que se hace de los pueblos de nacionalidad diferente, queriendo ver por todo barbarie y salvajismo indigno del hombre, nada más que para hacer algo tolerable la Babel en que se vive. Insoportable es el desprecio con que desde las alturas de su grandeza tratan á la humanidad entera la semieducación y la semiciencia. Con no poco trabajo y con no menos sorpresa leemos las expresiones injuriosas de los Cínicos y de los Estoicos de Grecia, que con su orgullo sin límites pisotearon todo el respeto debido á la dignidad humana. Desgraciadamente hay que añadir que no hay que deplorar menos entre nosotros semejantes hechos.

Sin decir nada del desprecio del hombre que lleva consigo con demasiada frecuencia la orgullosa estupidez de la fortuna, ó la insolente fatuidad de un nacimiento ilustre,

vemos con especial dolor que la presunción de la ciencia es cada día más la causa principal de la abyección de semejante dignidad. Y, sin embargo, todos esos cálculos groseros sobre el hombre nos prueban una sola cosa: que ni la educación, ni la ciencia modernas han sabido encontrar al hombre, como tampoco supieron dar con él la ciencia y la educación antiguas.

Desde Rousseau, Voltaire y Kant existe entre los pensadores verdadera emulación para saber quién hablará del hombre con mayor desprecio. La doctrina del mal radical que expuso Kant en tiempos de la gran revolución (digámoslo siquiera para excusarle en algo), con tal energía que comienza á dominar en todas las escuelas, ha sido ensalzada como el punto central de toda la Ética moderna y el triunfo completo de los sueños humanos, por un filósofo de nuestros días, Schopenhauer, que por el desprecio que hace de la humanidad podía dar quince y falta al mismo Diógenes. ⁽¹⁾ Ojalá hubiera sido Schopenhauer el único que con su malhadado orgullo de fariseo y de bramán, ha querido echar de sí como mancha indeleble toda relación con hombres. Pero no lo ha sido por desgracia. Entre nuestros sabios, y por lo tanto, entre todos aquellos que reclaman el derecho á la educación, se crece más y más cada día este hombre. Se ha convertido en potente espíritu que ha gastado sus fuerzas en abrir entre los hombres un abismo que no hubiera abierto mayor ni el sistema de castas de la India.

También es tristísimo ejemplo que debemos citar en el presente caso, Alejandro de Humboldt, á quien se trata de celebrar como el primer representante de toda la civilización moderna. Quéjase constantemente en sus cartas de que le es de todo punto insoportable la compañía de los hombres, y sobre todo de los que pertenecen al número de sus contemporáneos más ilustres. No podemos servirnos de las frases que emplea, porque nos merece mucho respeto la dignidad humana. ⁽²⁾

(1) Erdmann, *Geschichte der neuern Philosophie*, III, II, 413.

(2) Janssen, *Zeit. und Lebensbilder*, (1) 102 y sig.

En una palabra; mírese á donde se quiera, no puede prescindirse del hecho siguiente: No hay cosa de que más se quejen los hombres que de los mismos hombres.

3. Los vicios de la civilización son más intolerables para los hombres que la barbarie de los salvajes.— Pero, ¿cuáles son los hombres de quienes con tanto desprecio hablan esos grandes espíritus? ¿Son acaso aquellos terribles caníbales del mar del Sud, que no conocían placer que pudiera compararse con el de devorar á uno de sus semejantes arrojado á sus playas por las embravecidas olas? ¿Son aquellos horribles indígenas del interior del África que estudian la manera de desfigurar la imagen y la obra de Dios en el cuerpo humano con un trabajo, con una destreza y con un mal gusto capaces de eclipsar el triunfo del tocador europeo?

Aplicadas á hombres semejantes estas expresiones tan acerbas, serían explicables al menos, si no justificadas. Pero si no se permiten semejantes desahogos nuestros misioneros que con tanta frecuencia tienen motivos para quejarse de su insensibilidad y de su crueldad, ¿por qué se atreverán á condenarlos los que tan poco tienen que sufrir de su parte, y que tan poco trabajo ponen para su mejoramiento social? No, no se dirigen ellos á los bárbaros, sino á los hombres civilizados, y con frecuencia á la flor de todos éstos. Humboldt habla con ese desdén de hombres de gran celebridad: de los Savigny, de los Niebuhr, de los Gerlach, de los Raumer. Tucídides y Demóstenes, Eurípides y Aristófanes, Diógenes y Zenón pintan con los colores más negros á Temístocles, á Pericles, á Fidias, por consiguiente á toda aquella categoría de hombres que, vistos desde los bancos de las escuelas, creíamos que personificaban las más envidiables y las más inimitables virtudes de la antigüedad. Los tiempos en que Tácito, Séneca y Juvenal hacían tan tristes pinturas de la locura y de la depravación humana, son precisamente los que vemos honrados con el título de «siglos de oro y de plata» de la civilización romana.

¡Cosa notable! casi por todas partes después de la pretendida edad de oro de la civilización y de la literatura de los pueblos, vienen moralistas y satíricos, que, considerando á los hombres incorregibles para siempre, no se proponen más que un objetivo: ridiculizarlos, vituperarlos, deshonorarlos.

En resumen, ésta es la impresión producida: parece que el principal objeto de temor y odio para los hombres son precisamente los hombres civilizados, y que encuentran éstos la carga de la civilización mil veces más pesada que la barbarie y la depravación de los salvajes.

Sabido es que en este sentido sostuvo Rousseau que la civilización es el principio de la degradación del hombre. ¿Quería acaso ofrecernos los antropófagos como el tipo más noble de la especie humana? No lo sabemos: si así era, nos explicamos perfectamente esta cuestión de gusto personal, cuando pensamos que daba ya la mano á los que, poco tiempo después, durante la Revolución francesa, dieron pruebas de que excedían en mucho á los antropófagos más groseros.

Pero contienen seguramente una verdad estas quejas contra la civilización. Es una confesión involuntaria salida de la boca de los que se cuentan entre los más entusiastas luchadores en pro de la cultura de su época, y publica en alta voz que esta civilización tiene su lado oscuro y no muy tranquilizador. ¿Señalaremos estas sombras, no con desprecio sino con moderación? Es imperdonable crimen cometido contra la época, contra la civilización, contra la sabiduría humana, contra la fuerza avasalladora y contra los resultados obtenidos. No tienen ellos la misma cautela. Desde el momento en que se encuentran en presencia de los hombres que ha formado esta civilización, y de los efectos que entre ellos ha producido, son tan poco medidos en sus quejas y en sus condenaciones, que es difícil á un corazón cristiano permanecer con ellos mucho tiempo. Tan cierto es que la verdad, aun oprimida y despreciada, concluye siempre por abrirse paso, sea como quiera.

4. Doble alteración de la imagen divina.—Dos verdades se desprenden de esta consideración. El hombre que tenemos ante nosotros, sea en la historia, sea en la práctica cotidiana de la vida, no es el hombre tal cual es por naturaleza ó tal cual debe ser. Mucho menos es el hombre tal cual salió de las manos de Dios, su Criador. Se ha desviado de su forma primitiva.

En su camino, á través del mundo y de la historia, halla un observador atento los mismos fenómenos que más llaman la atención del viajero en los diferentes países que recorre. Aquí extendíase en otro tiempo una bien nivelada y fértil campiña: dan fe vestigios numerosos; pero ha debido invadirla de repente horrible desolación, porque ahora esta tierra, en otro tiempo tan hermosa, está cubierta de rocalla, de montecillos y de arena. El rico vergel ha quedado convertido en desierto. Quizá no hubiera sido difícil, en un momento dado, quitar los escombros de que está cubierta y dar al suelo su fertilidad primera; pero pasó ese momento. Sobre estas ruinas ha surgido vigorosa y magnífica nueva vegetación, difícil de extirpar como toda vegetación salvaje. Han echado raíces tan profundas las plantas, está de tal manera entrelazado el ramaje, forman todos los arbustos un todo tan compacto, tan impenetrable, que ahora sería necesario poner un trabajo inmenso para alcanzar al suelo primitivo y cultivarlo con verdadera utilidad.

Tal es la exacta imagen del hombre. Sobre él vino una catástrofe repentina y terrible en los tiempos más antiguos, en el comienzo de los siglos, catástrofe que cambió en triste desierto el tan hermoso y tan fértil terreno de su alma. Por la gracia de Dios, pudiera fácilmente desaparecer este estado de devastación, consecuencia de la caída primitiva; es tan opuesto á la naturaleza del hombre, que, si lo examinamos un instante, lo encontraremos espantoso é insoportable. Pero no puede ser: se aleja siempre más y más de su forma primitiva por una civilización falsa, mundana y enemiga de Dios, que ha plantado más tarde en

las asperezas que ha encontrado en su camino, en lugar de hacerlas desaparecer volviendo á su verdadera naturaleza. De ahí la resistencia cada vez más poderosa que encuentra esta naturaleza corrompida á cada esfuerzo que hace para volver á su primitivo estado. Es natural. No podía esperarse resultado diferente, sino arrancando esa vegetación nociva, cuyo desarrollo ha favorecido durante largos y penosos años.

Pero cuanto más ha trabajado el hombre en esta falsa civilización, cuanto más orgulloso se ha puesto, cuanto más la ha considerado como su propia obra, con tanto más terquedad se ha pegado á ella, y mayores manifestaciones hace de que no ha de abandonarla jamás. Cree que sería nota infamante puesta á su honor volver á aquella immaculada naturaleza, tal cual salió de las manos de Dios.

5. Dos condiciones necesarias para restablecer en nosotros la verdadera naturaleza, y hacernos llegar á la verdadera civilización.—Entre tanto, nos es imposible llegar hasta la primitiva y verdadera naturaleza del hombre, sin abrirnos paso á través de la falsa y viciada cultura del mundo, y de la desolación que desde el principio se ha cernido sobre todo el género humano.

Para llevar á feliz término la empresa son necesarias dos condiciones; á ellas sólo debe el tener sentido la expresión de los Estoicos: «Vivir conforme á la naturaleza.» Quiere decir, que debe comenzar el hombre por buscar lo que le imponen la filosofía, la moral y la religión naturales, si quiere vivir como hombre ó en forma digna del hombre. La primera de estas condiciones es reconocer la existencia de la caída original, que no ha hecho radicalmente mala á la naturaleza humana, como falsamente lo han afirmado tantas doctrinas antiguas y tantos filósofos modernos, sino que la ha debilitado y dañado. Exige de nosotros la segunda la franca y sincera confesión de que hay multitud de males, de pecados y de errores en todas las civilizaciones, en todas las artes y en todas las ciencias

humanas, que se han desarrollado en terreno que pudiéramos llamar puramente humano, y que han brotado en realidad en el suelo de la caída primitiva, y han arraigado por la persistencia en semejante estado.

Sin embargo, no hay motivo para desacreditar á la civilización humana entera, y para considerarla como pura mentira, como pecado, como obra diabólica. Librenos Dios de conducta semejante. Nada tiene de común ni con nuestra fe, ni con nuestra Iglesia, aun cuando por ello con frecuencia se nos haga víctimas de odios inmerecidos, y se nos imputen exageraciones de que es culpable el sombrío espíritu de partido del puritanismo y de otras sectas semejantes. Pero hay que reconocer que jamás será posible un desarrollo verdadero y puramente humano, si pierde de vista el hombre la verdad de su caída, y que toda civilización, aun la más elevada, contiene grandes errores, y se engaña si no parte del principio de que no pueden encontrarse ni desarrollarse favorablemente, ni la verdadera naturaleza ni el verdadero destino del hombre, sino por la conversión por el arrepentimiento y por la vuelta á Dios.

6. El lazo entre Dios, el hombre y la naturaleza.—Quizá se nos objete que semejantes principios humillan al hombre y *a priori* le impiden ser imparcial respecto de la civilización humana. No nos asustamos. Al contrario; será bueno que no nos inciten á defendernos contra acusaciones semejantes. No hay que buscar entre nosotros á los que humillan al hombre; búsqüenlo entre los que niegan la mancha original, y por esta razón no le juzgan capaz de un bien superior al que se encuentra en él. Pongamos un ejemplo. ¡Qué mayor absurdo que el contenido en las execrables palabras con que ha deshonrado al hombre, y con que se ha deshonrado á sí misma la filosofía en su primera aparición en la historia! «Para llevar al hombre insensato á la razón y á la sabiduría, ha dicho Charron, uno de los progenitores del espíritu moderno, es necesario tratarlo como salvaje, inspirarle terror y miedo, intimidarle